

La mimesis conversacional en el Diálogo de la lengua de Juan de Valdés

por Ana VIAN HERRERO
(Universidad Complutense de Madrid)

El diálogo mantiene una convención muy frecuente a lo largo de toda su historia : se presenta como transcripción de una conversación realmente acontecida. Y ahí reside, precisamente, su riqueza literaria, pues se convierte así, metafóricamente, en modelo reducido de toda comunicación literaria (1). La definición

(1) E. Kushner, *Le rôle structurel du "Locus amoenus" dans les dialogues de La Renaissance*, en *CAIEF*, 34, 1982, pp. 39-57 ; M. Le Guern, *Sur le genre du dialogue*, en *L'automne de la Renaissance (1580-1630)* (Paris, Vrin, 1981), pp. 141-148. Me ocupo de ello en *Fábula y Diálogo en el Renacimiento : confluencia de géneros en el "Coloquio de la mosca y la hormiga" de Juan de Jarava, en Homenaje a Francisco López Estrada* (en prensa).

* Este trabajo se concibió inicialmente como segunda parte de otro hoy en prensa en el volumen de *Edad de Oro (La ficción conversacional en el diálogo renacentista)*. Lo que sólo pretendía ser una ejemplificación de los razonamientos iniciales, más teóricos, acabó por adquirir una extensión que aconsejaba hacerlo independiente. Sin embargo, el sustento en el que este análisis se fundamenta sigue encontrándose allí, por lo que remito a aquella lectura y resumo aquí sólo unos puntos de partida imprescindibles.

VIAN HERRERO, Ana. *La mimesis conversacional en el "Diálogo de la lengua" de Juan de Valdés*. En *Criticón* (Toulouse), 40, 1987, pp. 45-79.

clásica de Hirzel, "eine Erörterung in Gesprächform" (discusión en forma de coloquio) (2), es útil porque marca las distancias entre **diálogo y conversación** (3), a la vez que invita a investigar los recursos usados por los autores para crear en el lector de una **obra escrita** la impresión de familiaridad de una conversación distendida que transcurre en el espacio y en el tiempo del receptor.

Con el fin de ejemplificar esa convención retórica, acudiré a un texto paradigmático, el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, por ser una de las obras que más claramente expresan la "diferencia", pero también el parentesco y la ambigüedad del "hablar al escribir", que evocaba Pedro de Navarra (4) y que tanto gustó a los renacentistas. Evocaré los procedimientos de mimesis conversacional que Juan de Valdés introduce para lograr varios efectos de dramatismo e inmediatez escénica, ilusión de intimidad entre los interlocutores, familiaridad y distensión propias de una charla, y circunstancias y emotividad que la envuelven.

Un enfoque como éste contribuiría también a considerar la vertiente literaria de un autor y una obra casi sistemáticamente asediados desde perspectivas colindantes con la literatura, que, centradas en estudiar el valioso elemento informativo del texto, desatienden el elevado soporte artístico de este *Diálogo* y, en general, de la prosa valdesiana (5).

(2) R. Hirzel, *Der Dialog* (Hildesheim, G. Olms Verlag, 1963²), I, p. 7.

(3) *Ibid.*, p. 2 : "Zwar ist jeder Dialog ein Gespräch, aber nicht umgekehrt jedes Gespräch ein Dialog" ; "Es ist daher allerdings nur eine Art des Gesprächs..." (p. 7).

(4) P. de Navarra, *Dialogos de la diferencia del hablar al escribir* (Tolosa) J. Colomerio, 1565) ; reed. D. O. Chambers (1968).

(5) C. Barbolani, en la precisa introducción a su edición del *Diálogo de la lengua* (Madrid, Cátedra, 1982), pp. 11-102 (y bibliografía en pp. 103-113), reivindica la necesidad de atender a la vertiente literaria de Juan de Valdés (p. 12). La posición que se despreocupa del valor artístico del texto llega a uno de sus últimos editores, J. M. Lope Blanch (Madrid, Castalia, 1985), pp. 9-10 (ver C. Barbolani, *introd. cit.*, p. 50). Un interesante artículo de I. Lerner insiste ahora en la misma dirección : *El discurso literario del "Diálogo de la lengua" de Juan de Valdés*, en *Actas del VIII Congreso de la A.J.H.* (Madrid, Istmo, 1986), pp. 145-150. Mi interés es abordar aquí la aportación específica de esta obra al género del diálogo humanístico, algo a lo que C. Barbolani dedica menor espacio (pp. 53-62 de su *introd. cit.*). No he podido consultar el artículo de M. Marzano, *Le forme del "Dialogo de la lengua" di J. de Valdés*, en *SLSp*, 1968-1970, pp. 25-58.

1. LA CREACIÓN DEL MARCO

El texto carece de prólogo, por lo que los distintos detalles sobre espacio, tiempo y circunstancias del encuentro se deducirán, como en los diálogos de Luciano y de Erasmo, de la propia charla de los personajes. La técnica más importante es la acotación, con los distintos tipos conocidos (6), ya que el *Diálogo de la lengua* es un texto pródigo en rasgos dramáticos.

Sabemos por acotación descriptiva de Marcio, la más abundante en esta obra, el pasado y el presente del diálogo, y la caracterización inicial de los interlocutores (7) :

[...] Bien os devéis acordar cómo, al tiempo que agora ha dos años partistes desta tierra para Roma, nos prometistes a todos tres que conservariades y entreterniades nuestra amistad, como avéis hecho, con vuestras continuas cartas. Agora sabed que, después de vos ido, nosotros nos concertamos desta manera, que qualquiera de nosotros que recibiesse carta vuestra la comunicasse con los otros, y esto avemos hecho siempre assí, y con ello [...] teníamos sobre qué hablar y contender, porque el señor Pacheco, como hombre nacido y criado en España, presumiendo saber la lengua tan bien como otro, y yo como curioso della, desseando saberla assí bien escribir como la sé hablar, y el señor Coriolano, como buen cortesano, quiriendo del todo entenderla [...] siempre hallávamos algo que notar en vuestras cartas [...] muchas vezes veníamos a contender reziamente, (...) porque cada uno de nosotros o quería ser maestro o no quería ser discípulo. Agora que os tenemos aquí, donde nos podéis dar razón de lo que assí avemos notado en vuestra manera de scrivir... (Pp. 41-42). (8)

(6) Ver A. Vian, *La ficción conversacional en el diálogo renacentista*", art. cit. (en prensa).

(7) Cito por la edición del *Diálogo de la lengua* de J. M. Lope Blanch (Madrid, Castalia, 1985), que a su vez sigue básicamente a C. Barbolani, pero no modifica el nombre de Pacheco por Torres. Las razones que da Barbolani para el cambio de nombre en su ed. (p. 99) no parecen concluyentes, y no he tenido la oportunidad de consultar su tesis doctoral (*Juan de Valdés, Diálogo de la lengua, edizione critica a cura di C. B.* (Mesina-Florenzia, Editrice G. d'Anna, 1967)), donde supongo que trata la cuestión con más detenimiento.

(8) Tiende la crítica a interpretar esta afirmación como autobiográfica (ver por ejemplo, C. Barbolani, intr. cit., p. 27). Sin excluir que esas cartas escritas desde Roma a sus amigos de Nápoles pudieran haber existido y no haberse conservado (sólo se conserva la correspondencia de Juan de Valdés con el cardenal Gonzaga), tampoco debe descartarse que se trate de un simple artificio literario del autor para justificar artísticamente la obra, pues el procedimiento es conocido desde el diálogo antiguo.

También por acotación descriptiva de Valdés sabemos que Pacheco es militar :

PACHECO. *Yo os prometo, si no fuese cosa contraria a mi profesión [...]*

VALDÉS. *También era Julio César de vuestra profesión, pero no tuvo por cosa contraria a ella con la pluma en la mano escribir de noche lo que con la lanza había de día, de manera que la profesión no os excusa. ¿ No avéis oído decir que las letras no embotan la lanza ?* (Pp. 48-49 ; los subrayados son míos).

Y por el mismo procedimiento pone broche al encuentro Valdés-interlocutor :

Pues yo os dexo pensar hasta oy en ocho días que, plaziendo a Dios, nos tornaremos a juntar aquí y concluiremos esta contienda. Agora ya es hora de ir a Nápoles. Hazed que nos den vuestras cavalgadas y vámonos con Dios, que a mí tanto, cara me ha costado la comida; podré decir que ha sido pan con dolor. (Pp. 181-182). (9)

Una acotación enunciativa se desprende de una orden o exhortación extensa de Marcio :

... y ordenadle lo que ha de hazer mientras yo voy a llamar a Valdés, que lo veo pasear muy pensativo. Pero mirad que mandéis que el casero sté a la puerta para que, si viniere alguno, sea quien fuere, diga que no estamos aquí, porque no nos estorven ; y [...] mandad que los moços se passen a jugar hacia la parte de la mar, porque de otra manera no haríamos nada. (Pp. 51-52).

Por ella confirmamos que Valdés no está en la sala, sino que tras su *mutis* ("... Hazedlo assí, y entre tanto me salliré yo al jardín a tomar un poco de aire", p. 50), se encuentra en el jardín ; nos informa de que la casa está situada a orillas del mar ; de que hay personajes a los que no vemos (el casero, los mozos). E implícitamente es lícito deducir que se trata de la mansión de Coriolano, pues es quien ejecuta la orden de Marcio.

(9) En general, la acotación descriptiva abunda al principio y al fin de los diálogos, en el momento en que los autores crean el marco. Otros ejemplos de visualización imaginaria a base de deixis o adverbios en p. 183 (MARCIO : "[...] Aurelio, *daca* lo que as escrito. Véis *aquí* anotado...") y p. 88 (VALDÉS : "Essa es cosa que no se puede enseñar sino teniendo un libro castellano en la mano. ¿ Tenéis *aquí* alguno" ?).

Por acotación implícita sabemos que Marcio se ha reído, cuando Valdés le pregunta : "¿ De qué os reís ?" (p. 75).

También hay en este diálogo distintos tipos de acotación enlazada : su función más frecuente es la de nexos entre las distintas partes de la argumentación ; para otorgar una estructura unitaria a una información que aparenta ser vertida de modo azoroso y libre :

VALDÉS. [...] Y quanto a los vocablos, *si bien os acordáis, ya he dicho todo lo que ay que dezir.*

MARCIO. ¿ Quando ?

VALDÉS. *Quando dixere que la lengua castellana consiste principalmente en vocablos latinos [...] y en vocablos arábigos o moriscos y en algunos pocos griegos.*

MARCIO. *Va me acuerdo, pero ay que dezir más y más diréis.* (P. 117).

En otro momento, al principio del diálogo, una acotación enlazada sirve para explicar al lector algo que él ignoraba y que va a condicionar todo el desarrollo de la charla : ha tenido lugar otra conversación por la mañana (es decir, fuera del tiempo ficticio del *Diálogo*), que justifica y hace verosímil de una sola vez las circunstancias de este encuentro :

MARCIO. [...] *tornemos a hablar en lo que comencé a dezirlos esta mañana.*

VALDÉS. *No me acuerdo de qué cosa queréis dezir.*

MARCIO. ¿ Cómo no ? ¿ No os acordáis que *os dixere cómo*, de aquello que *avíamos platicado*, me era venida a la memoria una honesta curiosidad, en la qual muchos días ha desseo *platicar* con vos ?

VALDÉS. *Va me acuerdo ; no tenía cosa más olvidada.* (P. 39).

De este pasaje determinante deducimos (además de la machacona insistencia en la **condición hablada** de su encuentro) que Valdés no puede negarse a la discusión, aunque sea a regañadientes, porque este diálogo nace de un compromiso previo : por la mañana él mismo ha aprendido mucho ("os avemos respondido a todo lo que nos avéis preguntado", p. 39), con lo que ahora, en justa cortesanía ilustrada, tiene que corresponder a sus contertulios aclarándoles cuantos por menores de lengua hayan suscitado sus cartas enviadas desde Roma.

2. LOS INTERLOCUTORES, ARTÍFICES DE LA MIMESIS CONVERSACIONAL.

El *Diálogo de la lengua* ofrece un ejemplo inmejorable de cómo una obra de naturaleza expositiva e informativa no tiene por qué reducir a sus personajes a meras funciones dialógicas. El simple argumento numérico —la mayoría de los diálogos lo hacen— no hace sino confirmar que los mejores diálogos humanísticos escapan a esa reducción. Juan de Valdés, al menos, caracteriza a sus cuatro interlocutores de manera individual, hace que unos se diferencien de otros resaltando cualidades personales (10). Diversos críticos creen incluso que los personajes son identificables históricamente (11). Pero su caracterización, no hay que olvidarlo, es dialógica, lo que no por obvio conviene silenciar, pues con demasiada frecuencia se mide el rasero de la "individuación" dialógica por el de géneros que no son el diálogo, con las distorsiones inevitables que de ello se suceden. Una cosa es que los autores recurran ocasionalmente a técnicas más propias de las especies narrativa o dramática, y otra muy distinta que sea esa la única, ni la peculiar, manera de retratar ficticiamente a individuos dialogantes. Son las ideas y las acciones y reacciones inherentes al proceso argumentativo y discursivo las que hacen vivir a los interlocutores ante los ojos del lector, más allá de las series convencionales de parlamentos, preguntas, respuestas u objeciones, es decir, más allá, o además, del análisis funcional al que cualquier interlocutor debe ser sometido. Tampoco debe olvidarse que de esa individuación dialógica lograda depende en gran medida la óptima identificación del lector y su convencimiento correlativos.

Por este motivo, voy a detenerme en esbozar el retrato valdesiano de cada uno de los cuatro dialogantes, uniendo en el bosquejo tres elementos inseparables: la funcionalidad, la indi-

(10) Ver L. Terracini, *Lingua come problema nella letteratura spagnola del Cinquecento* (Turín, Stampatori, 1979), p. 36. También C. Barbolani insiste en la cuestión (introd. cit., p. 63).

(11) En *ibíd.*, pp. 57 y ss., C. Barbolani sintetiza las opiniones al respecto de varios críticos, y añade sus conclusiones propias. Este hábito renacentista de introducir personajes históricos cuenta con los precedentes ilustres de Cicerón y de Castiglione. Si Valdés en efecto lo sigue, no presenta en cambio paradigmas abstractos de perfección, como hicieron los otros, sino dialogantes más flexibles y humanizados, irónicos, irritables y concretos. También se separa en parte del *locus amoenus* convencional al reunir a sus personajes en un interior, una mansión a orillas del mar y cerca de Nápoles.

viduación y la marcha de la argumentación dialógicas.

a) *Marcio*

Es el principal delegado del autor para presentar a los personajes y llevar por buen camino la estructura. Es el primer responsable de la *praeparatio* (12), o diálogo preliminar, y como maestro de ceremonias establece por acotación el marco dialogal (pp. 39-40), dando los elementos necesarios de espacio y tiempo y refiriéndose a la conversación transcurrida por la mañana. Presenta a los personajes también por acotación ("...y quiero que a todos tres nos déis vuestra fe que lo haréis así", p. 40) y se extiende en la caracterización de los otros dos interlocutores por el mismo procedimiento (p. 41), resumiendo, además, el pasado que ha motivado el encuentro : las cartas enviadas desde Roma.

Es también Marcio quien deja sentada la naturaleza didáctica, expositiva e informativa del diálogo que vamos a leer :

[...] porque ay cosas que nos satisfazen y ay otras que no entendemos, es menester que en todo caso nos déis cuenta, no solamente de lo que avéis escrito, pero aun de lo que dello depende o puede depender. Vuestra fe y palabra nos avéis dado, y, aunque no queráis, la avéis de cumplir. (Pp. 49-50)

De los cuatro interlocutores es, desde el principio, el más expansivo y expresivo ("Yo por mi parte estoy contentísimo", p. 40) ; sabe también cómo crearle impaciencia a Valdés, el maestro o *senex* del diálogo ("...sea lo que fuere, acabad ya ; por amor de Dios, dezidlo", p. 41).

Se autopresenta como "curioso" de la lengua castellana, que habla mejor que escribe (pp. 41-42), y la curiosidad queda probada con creces a lo largo del diálogo, pues es, sin paliativos, el que más discute y pregunta desde el principio, el que posibilita que Valdés-interlocutor se luzca, y el que intenta siempre convencer a éste, o vencer sus reticencias : "aquí no os rogamos que escribáis, sino habléis", p. 45 (13).

Se reserva casi siempre la función de impulsar los nuevos temas (14), zanjando, cuando ya considera suficiente o agotado

(12) Los términos en latín proceden de C. Sigonio en *De dialogo liber* (Venecia, J. Ziletum, 1562).

(13) Otro ejemplo en p. 43. Hay que corregir dos erratas en el esquema de C. Barbolani, intr. cit., p. 58 : el **curioso** es Marcio y el **novicio** Coriolano.

(14) Ver pp. 47, 56, 59, 62, 63, 75, 79, 84, 118, 121, 140, 153, etc.

el asunto anterior (15), o exigiendo más precisiones, explicaciones o ejemplos si lo juzga necesario (16). De hecho reclama de los otros interlocutores, y principalmente de Valdés, cierta preferencia para plantear las preguntas más técnicas ("Y pues assí es, dexad hazer a mí. ¿Cuál es mejor dezir **taxbique** o **texbique**, **fraila** o **freila**, **trasquilar** o **tresquilar**?", p. 81), y es, de hecho, el que lleva el peso de ese tipo de preguntas a lo largo de todo el diálogo (17).

En los inicios de la plática es el delegado del autor para establecer la *propositio* e imponer un orden a las cuestiones que se van a discutir (18); Marcio asume naturalmente la dirección de las preguntas ("...con licencia destos señores quiero yo tomar la mano", p. 52) y se declara partidario del orden lógico por temas (p. 67).

Es generalmente el que recupera el hilo central de la conversación cada vez que se producen digresiones o excursos (19) y, en general también, es poco amigo de que existan esas digresiones: por ejemplo, cuando observa cierta complicidad anticlerical entre Pacheco y Valdés, hace notar que cualquier separación del cauce de la plática es "perder tiempo" (p. 86); o descalifica el excursus de Valdés contra la pobreza como "Dexáos de dezir donaires" (p. 86). Siempre que el diálogo se convierte en disputa

(15) Ver pp. 63, 65, 151.

(16) Ver pp. 74, 84, 127, 143, 148.

(17) Ver ejemplos en pp. 101-102 y en 78-79.

(18) "[...] En la primera parte le preguntaremos lo que sabe del origen o principios que an tenido, assí la lengua castellana como las otras lenguas que oy se hablan en España; en la segunda lo que pertenece a la gramática; en la tercera lo que le avemos notado en el escribir unas letras más que otras; en la quarta la causa que lo mueve a poner o quitar en algunos vocablos una sílaba; en la quinta le pediremos nos diga por qué no usa de muchos vocablos que usan otros; en la sesta le rogaremos nos avise de los primores que guarda quanto al estilo; en la séptima le demandaremos su parecer acerca de los libros que stán escritos en castellano; al último haremos que nos diga su opinión sobre qual lengua tiene por más conforme a la latina, la castellana o la toscana. De manera que lo primero será del origen de la lengua, lo segundo de la gramática, lo tercero de las letras, adonde entra la ortografía, lo quarto de las sílabas, lo quinto de los vocablos, lo sexto del estilo, lo séptimo de los libros, lo último de la conformidad de las lenguas [...]". (P. 51).

(19) Ver pp. 86, 94, 95, 97, 112, 147, 158, 166.

parcial entre, por lo general, dos personajes, tiende a cortar la querrela, incluso si le afecta a él mismo : un buen ejemplo es cuando porfían él y Valdés sobre si éste ha olvidado o no en Italia la filosofía que tenía aprendida : "No quiero disputar con vos en esto, pues tan bien me avéis satisfecho en lo que os he preguntado" (p. 94).

Tiene siempre muy claro lo que interesa preguntar y lo accesorio, y en esos casos, procura zanjar cuanto antes lo secundario para pasar a lo fundamental : "Sirva esto por una manera de paréntesis, y pasemos a lo que haze al caso" (p. 109). Con tal de recuperar el hilo central puede ser tajante con los otros interlocutores, y decir, como en este caso, a Pacheco y a Valdés : "Dexad estas vuestras cerimonias españolas para los que se comen las manos tras ellas, y dezidnos de qué sirve la tilde sobre **como** y sobre **muy**" (p. 112). Si siempre le preocupan las digresiones, le incomodan más aquellas que pudieran derivar en pelea ; así, cuando Valdés se permite ironías sobre la falta de sobriedad de la nobleza española y, en particular, de la corte flamenca importada por Carlos V : "No queremos saber nada desso. Proseguid en vuestros vocablos, que haze más al propósito" (p. 149). Aprovecha cualquier afirmación de Valdés (por ejemplo, cuando comenta al socaire las relaciones entre lengua latina y toscana, p. 177) para exprimir su información. Es, pues un *domandatore* exhaustivo. Y no obstante su temor a las digresiones, parece dejarse llevar excepcionalmente por el placer de las "sales" y "contezuelos" que Valdés trae a colación, pues en un momento le pide que se detenga en esos relatos de anécdotas : "No me plaze tanto ensartar de vocablos ; más quisiera que prosiguiérades como aviades encomençado" (p. 139). Ni que decir tiene que tal desliz no volverá a repetirse en boca de un Marcio exhaustivo y ordenado.

A la vista del tipo de preguntas que Marcio formula se pueden deducir algunos ingredientes de su caracterización dialógica. Ya hemos hablado de sus frecuentes preguntas técnicas, a través de las cuales también manifiesta sus conocimientos de lector, nada desdeñables para ser un simple "curioso". Excepcionalmente, sus preguntas piden aclaraciones del significado de términos : "¿ Qué significa **alevoso** ?" (p. 120) ; "¿ Qué llamáis **bordones** ?" (p. 153) ; es excepcional porque esta es tarea más propia de Coriolano.

Otras veces sus intervenciones aseguran simplemente la recepción del mensaje ("Bien me satisfazen essas razones y, quanto a esto, con lo dicho nos contentamos...", p. 61), o testimonian su convencimiento ("Bien me plaze esso", p. 77). Justifica todas sus preguntas porque siempre le aprovechan, le hacen salir de un error : "Assí es verdad que torno trasquilado, pero también llevo lana, pues he sabido lo que hasta agora no sabía"

(p. 91). En algún caso su pregunta obedece al deseo de permitirse, dentro de la exhaustividad, un respiro para el entretenimiento ; así, cuando quiere sin éxito que Valdés le cuente la profecía de Toledo : "Donosa profecía deve ser essa ; por vuestra vida, que nos la declaréis" (p. 127).

Con cierta frecuencia, más de la que Valdés quisiera, Marcio pide reglas de comportamiento y uso lingüístico (20), lo que ocasionará polémicas y opiniones diversas entre los interlocutores antes de que se imponga definitivamente el punto de vista de Valdés.

Marcio se muestra como buen contradictor de Valdés al discutir sobre la lengua vulgar y los propósitos de Bembo (p. 43) ; no es un interlocutor crédulo, y pide a menudo pruebas, actitud que suscita la aprobación de Valdés poco amigo de los argumentos de autoridad :

MARCIO. [...] *no lo quería creer hasta ver primero cómo prováis.*

VALDÉS. *Aunque el creer sea cortesía, yo huelgo que desto que os he dicho no creáis más de lo que viéredes.* (P. 54) (21)

De hecho, Marcio sigue de cerca las argumentaciones del *senex* y le hace preguntas inteligentes que obligan al maestro a precisar su pensamiento :

Siendo esso que dezís assí, ¿ cómo en Aragón y Navarra, aviendo sido casi siempre reinos de por sí, se habla la lengua castellana ? (P. 61).

Marcio es un interlocutor con ideas propias : defiende, por ejemplo, la lengua vulgar (p. 44) y representa el gusto italiano, la elocuencia, el ciceronianismo frente a la naturalidad valdesiana (22). Es partidario, junto con Valdés, de la teoría

(20) Ver pp. 67, 69, 73 (dos veces), etc.

(21) Y en otra ocasión :

MARCIO. *No basta que digáis ser assí, sino que mostréis cómo en efecto es assí.*

VALDÉS. *Soy contento [...]* (P. 178)

(22) C. Barbolani, intr. cit., pp. 55 y 65-66 : "(Marcio) representa la cultura oficial italiana, que Valdés considera como jactanciosa". Marcio ataca el latín ecléctico de Erasmo, frente a Valdés-interlocutor.

del uso de la lengua y de los refranes (p. 48) ; muchas de sus preguntas van enfocadas a cuestiones del uso, como en el caso de los artículos (pp. 64-69). Entiende a veces problemas de lengua castellana mejor que Pacheco, que desconoce cualquier término técnico ; así se manifiesta cuando Marcio pregunta por los "vocablos sincopados" (p. 131). Opina y tiene ideas sobre traducción (p. 166) ; es hombre culto ; conoce el *Arte poética* de Horacio (p. 179) y obras como *El peregrino* o *El Cortesano* que Valdés-interlocutor no conoce (p. 167). Defiende en la discusión el principio de la verdad : "Concederémōs-la —dice a Valdés— no porque es en favor de nuestra lengua, sino porque es la verdadera" (p. 178). Reivindica, ante los desaires abundantes de Valdés, su derecho a tener opinión :

VALDÉS. *¿ No avéis oído dezir que cada gallo cante en su muladar ?*

MARCIO. *Sí que lo he oído dezir, pero esto es tan claro, que me parece poder hablar en ello como en cosa tan propia mía como vuestra* (P. 90).

Marcio tiene verbo metafórico : "[...] como no hallo qué coger, pássome como por viña vendimiada, desseoso d'entrar en [el] majuelo de los vocablos" (p. 117). También tiene inclinación por las coplas, manifestando unos conocimientos que en más de una ocasión sorprenden gratamente a Valdés (23). Elogia mucho las coplas de este último (p. 136), pide copia de una recitada por Pacheco (p. 125) y, en general, alaba el ingenio de los españoles (p. 135).

Está abierto al conocimiento de muchas y variadas opiniones, pues interpela a Pacheco sobre los neologismos (p. 143), con lo que muestra tener interés por el punto de vista del profano en la materia pero nativo de la lengua, es decir, lo que Pacheco representa.

Marcio juega limpio en las discusiones ; si excepcionalmente está convencido de antemano, lo dice ; ése es el caso cuando van a discutir de los acentos (p. 72). Agradece y recibe bien las críticas que Valdés le formula, como ocurre a propósito de los defectos que los italianos cometen en la pronunciación del castellano (p. 68) ; y acepta, aunque no con el mismo agrado, una crítica hecha por Pacheco : en esta ocasión reconoce que se avergüenza de que éste le saque del error, principalmente, aclara, porque "no tiene habilidad para vencer" (p. 105), con lo que,

(23) Ver pp. 124 y 152 (dos ejemplos).

indirectamente, está humillando a Pacheco, aunque él no se dé por enterado, puesto que no contesta. En cualquier caso, Marcio tiene cierta posición humilde y discipular de partida, pues plantea sus dificultades lingüísticas como curioso no nativo :

A la fe que es gentil primor éste, porque, a mí tanto, muchas vezes me haze tropeçar, leyendo, el no saber así de presto conocer sí aquel esta es pronombre o verbo... (P. 80).

Si sospecha complicidades entre los dialogantes, las saca a la luz para dejar así claro que se ha dado cuenta, aunque poco le ofenda :

Si va a dezir las verdades, digõs que tengo sospecha que vosotros os váis haciendo del ojo para que aprueve el uno lo que dize el otro ; hazedlo en buena hora, no me doy nada, y dezidme : ¿ a qué proposito hazéis tantos potajes de la h [...] ? (P. 97).

Ideológicamente, y ante todo lo que salta al diálogo como materia "extralingüística", ya lo hemos visto actuar : enseguida se inquieta y quiere volver a la discusión técnica. No parece, pues, aprobar las expansiones anticlericales o antinobiliarias de Pacheco y de Valdés. Quizás por falta de habilidad de Coriolano, que alguna vez incurre en un chiste etnocéntrico antiespañol, tiene que reaccionar con ironía ("Sí, por cierto, hallado os avéis la gente que se anda a hurtar vocablos", p. 95), y así, salvar la situación. Es, desde luego, el más conciliador de todos dialécticamente.

Eso no evita que sostenga relaciones variadas con respecto a todos los reunidos. Se opone radicalmente a Pacheco y lo critica por despreciar la gramática : "(...) vos no sois amigo de gramatiquerías porque no sabéis nada dellas, y si supiéssedes algo, dessearíades saber mucho, y assí por ventura seríades amigo dellas" (p. 66). Parece que es Pacheco el interlocutor que más suscita la agresividad de Marcio : "Esse pero, si no os lo quiéredes comer, tragáoslo por agora, que, pues a nosotros dos nos ha satisfecho, también vos os devéis contentar" (p. 107). Incluso cuándo crea un pequeño diálogo interior con Pacheco, a modo de aparte cruzado, en el que comentan ambos el razonamiento de Valdés, Marcio tacha a su interlocutor de dócil : "No ví en mi vida hombre de vuestra tierra que fuesse dócile sino a vos" (p. 85).

Sus relaciones con Valdés son distintas : lo reconoce, igual que los otros dos, como *auctoritas* en la materia ("Abástanos para creerlo que vos lo digáis", p. 118), lo que no es obstáculo para que le haga objeciones parciales ("No me desplace lo que dezís, pero veo también que en vocablos que no son latinos hazéis

lo mismo", p. 92), o para que se oponga a él puntualmente : "No oso admitiros este truxo" (p. 78). También disfruta lanzándole "puntadas" en torno a algo sobre lo que Valdés es incapaz de ironizar : la autoridad de Nebrija ; así, Marcio argumenta con su Don Antonio nada menos que cuatro veces, lo que en más de una ocasión saca a Valdés de sus casillas, ya que siempre cae en la trampa (24).

Marcio, curioso de conocer el significado de una adivinanza pronunciada por Valdés (p. 100), no encuentra satisfacción a su deseo. Ese silencio de Valdés le parece descortesía, pero lo acepta a cambio de poder seguir con su cuestionario. Y es que todo el *Diálogo* parece ser un duelo entre Valdés, molesto por tener que declararse en esa materia, y los otros tres interlocutores, ávidos de hacer preguntas. Marcio se da cuenta de que Valdés juega a dialogar contra su voluntad y, en una argucia dialogística no exenta de distanciamiento irónico, elogia su paciencia : "Ríome de ver quán contra vuestra voluntad os hazemos hablar en estas niñerías, y huélgome de considerar la paciencia con que las tratáis" (p. 75). Pero es perfectamente consciente de que la actitud desdeñosa y de *humilitas* valdesiana es sólo un juego ilusionista, una apariencia : "Aunque lo dezís assí, yo sé bien que lo entendéis de otra manera" (p. 113). Incluso al final de la plática, acusa de intemperante y de impositivo a Valdés, y lo llama a corregirse : "Porque os tengo por tan delicado, que cada mosquito que os passa por delante la cara, si no va a vuestra voluntad, os ofendéis" (p. 182) : "Mejor sería que, pues conocéis ser tacha, la dexássedes" (p. 182) ; "[...] Donosa cosa es que vuestros amigos os sufran una cosa que vos mesmo tenéis por tacha, no queriendo vos sufrirles a ellos las que no tienen por tachas" (p. 183).

Quizás porque Marcio, y los otros con él, saben que el diálogo es juego, es *ludus* (25), es por lo que fabrican el truco del escribano escondido, conscientes de que, dicho en el momento oportuno, será aceptado por Valdés e incluso le parecerá de perlas. Pero para involucrar al lector en el juego contra Valdés-personaje, compondrán la argucia de manera que el lector participe activamente en el diálogo, sea cómplice de ese guiño teatral

(24) Ver pp. 81, 87, 89, 114 ; las referencias al *Arte* de Nebrija son en total nueve.

(25) Ver J. Huizinga, *Homo ludens* (Madrid, Alianza, 1972), pp. 46 y ss., 128-142 y 174-186.

(26). Cuando más claramente se establece ese juego de compinches es hacia el final de la obra : Marcio y Coriolano "tantean" al desdeñoso Valdés (p. 160) y, ya seguros de que no se opondrá frontalmente, le confiesan la argucia y lo obligan a escribir el diálogo y a comprometerse para un futuro encuentro (pp. 183-185). La maniobra ha resultado envolvente, y su resultado es el diálogo que leemos, a cuya formación (27) hemos asistido los lectores en calidad de testigos.

b) Pacheco

Pacheco, "nacido y criado en España" (p. 41), interviene en el diálogo en calidad de nativo, según la presentación que de él hace Marcio (p. 42). Es militar (pp. 48-49) y, frente a la "asepsia" ideológica de Marcio, tiene, como Valdés, su punta de anti-clerical (28). "Mirad, señores, así como no todos los que traen

(26) El *mutis* dramático que estudió J. B. Avalle-Arce consiste en lo siguiente : al principio del diálogo, Valdés-interlocutor se ausenta y mientras tanto los otros tres personajes se ponen de acuerdo sobre la organización de la charla. Deciden esconder a Aurelio, un escribano bilingüe, para que tome notas de lo que allí se habla, en particular, de lo que dice Valdés. Desde ese momento, el lector sabe más que Valdés-interlocutor y, hasta que se descubre el truco, va a asistir a la **formación** o la **representación** del diálogo [ver J. B. Avalle Arce, *La estructura del "Diálogo de la lengua" en Dintorno de una época dorada* (Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1978, pp. 57-72)]. Al final Pacheco recomendará, en nombre de todos, a Valdés que lo traduzca al castellano (p. 184), con lo cual el lector sabe que lo que él lee no son los apuntes de Aurelio, sino la recreación por escrito de esas notas, que corre a cargo de Valdés (ver J. B. Avalle Arce, p. 71). No es el escribano Aurelio el que transcribe "en buen orden y añade principio y fin al diálogo", como dice C. Barbolani (intr. cit., p. 59). Esa es tarea de Valdés-autor.

(27) J. B. Avalle-Arce califica esto como un caso de "autogénesis literaria", o bien "obra literaria autógena" (art. cit., p. 67).

(28) Ver pp. 63, 86 y 136 :

PACHECO. *¡ O hi de puta y qué buen fraile ! ¡ Guijarrazo de villano y palo de sacristán !.*

VALDÉS. *¡ Cómo os alteráis en oyendo hablar de frailes ! Como si no fuessen hombres como nosotros.*

PACHECO. *Ya, ya, no curemos de más ; pues vos defendéis a los frailes, yo quiero de oy más defender la causa del rey de Francia contra el Emperador.*

C. Barbolani piensa que Pacheco "aun que como español corrobora y apoya

ábitos y cugullas son frailes, assí tampoco son todos porfiados los que son de mi tierra, porque ay de unos y de otros" (p. 86). Aunque no es porfiado, tampoco desaprovecha la ocasión de poner en solfa algunos de los defectos de su país, como por ejemplo la soberbia de notarios y escribanos : "[...] os apedrearían aquellos notarios y escribanos, que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo porque, con saber tres maravedís de latín, hazen lo que vos reprendéis" (p. 93).

En efecto, no es porfiado, porque no contesta a las provocaciones de Marcio (p. 105) ; y, tachado de dócil por el mismo Marcio (p. 85), demuestra serlo, o ser al menos más cauto, a la hora de hacer a Valdés preguntas más convenientes (p. 91).

Valdés opina de él en estos términos : "...os tengo por hombre de tanto ingenio que con él podéis suplir la falta de letras" (p. 112). Su "ingenio" se confirma en varias ocasiones. Por ejemplo, cuando ironiza sobre el matiz de significado de alguna palabra. Dice Valdés que usa el término de **feligreses** no sólo para los "que son sujetos al cura de una parroquia (...)" pero para sinificar también los que acuden al servicio de alguna dama" ; a lo que, con chispa Zumbona y anticortés, sentencia Pacheco : "Y aun tenéis mucha razón en ello" (p. 123).

Es Pacheco amigo de las coplas y anécdotas que Valdés introduce. A su vez, aporta él una "que servirá por paréntesis" (p. 125), aunque en otro momento quiera cortar con "sales" y "contezuelos" para ganar tiempo en la discusión de nuevos asuntos lingüísticos (p. 140). Provoca, significativamente, una digresión sobre las diferencias entre **ingenio** y **juicio** (p. 165) (29). Pregunta a Valdés opinión sobre autores concretos, como Yanguas (p. 162), y conoce traducciones de libros piadosos y de autores clásicos que Valdés-interlocutor no ha leído (p. 168),

a Valdés, por otra parte no está en absoluto alineado con él, representando, respecto al modelo de hombre renacentista, un aspecto parcial y opuesto al pacífico Valdés, o sea, el **hombre de armas**" (ver intr. cit., p. 66). Hay que hacer una salvedad : coinciden Valdés y Pacheco en la crítica social, no por ser españoles —pues en estos casos no se discute de lengua castellana— sino en tanto que dialogantes críticos con el entorno. Además, veo en Pacheco rasgos de exhaustividad e intentos de hacerse valer a lo largo de la charla (ver *infra*).

(29) Para las variaciones entre **ingenio** y **juicio**, ver R. Menéndez Pidal, *El lenguaje del siglo XVI*, en *La lengua de Cristóbal Colón. El estilo de Santa Teresa* (Buenos Aires, Espasa-Calpe-Austral, 1942), pp. 49-87.

aunque Valdés-autor haya recomendado algunas de ellas en su *Diálogo de Doctrina Christiana* (30). Le sorprende que el maestro ponga reparos al *Amadís de Gaula* (p. 169) y lo defiende a su modo (pp. 170-171) : sólo acepta alguna de las críticas de inverosimilitud y falta de decoro (p. 172), pero en líneas generales, es capaz de someter las obras a un juicio diacrónico. Por la misma razón, hace objeciones a algunos de los juicios de Valdés sobre las crónicas (p. 173).

Su actitud temprana hacia el maestro del diálogo es una combinación hábil de suaves presiones llenas de cortesanía y de provocaciones amables : por ejemplo, en la página 45 pide a Valdés que no se haga tanto de rogar y a la vez lo provoca hablando de Nebrija y del *Amadís*, consciente del efecto automático que va a producir. En esa circunstancia, cumple perfectamente con su función de *puer* para que Valdés se explaye sobre Nebrija y, poco después, se convence (p. 47).

Hace explícito su propósito de exhaustividad : "Pues avemos cogido y prendado a Valdés, aún no lo dexemos de ninguna manera sin que primero lo examinemos hasta el postrer pelo" (p.50) ; pero a la vez no se considera lo suficientemente sistemático como para ordenar el diálogo, por lo que prefiere delegar en cualquiera de sus dos amigos : "Antes yo me remito a qualquiera de vosotros que sois leídos, que yo más m'entiendo de desordenar que de ordenar" (p. 50). Acepta, pues, de buen grado, que Marcio lleve la dirección de las preguntas, e implica en su decisión a Coriolano, que guarda silencio sobre este punto (p. 52).

Es, después de Marcio, el interlocutor más activo. No acepta siempre las conclusiones de Valdés sin cuestionarse antes algún pormenor : "No os concederé yo tan presto lo que avéis concluido..." (p. 57, lo que implica una forma crítica y exhaustiva de recibir las enseñanzas, menos impaciente que la de Marcio, pero igualmente dirigida a impulsar el diálogo a través de las objeciones. Si bien elogia a Valdés y alaba su liberalidad como mero recurso para extraer su información (p. 59), o si bien se muestra conciliador y deseoso de agradar al maestro ("Sea desta manera : que vos nos sufráis a nosotros nuestras preguntas y que nosotros os suframos a vos vuestra cólera. ¿ Sois contento ? , p. 81) (31), también es cierto que se hace valer como interlocu-

(30) C. Barbolani (intr. cit., p. 90) repara agudamente en esta circunstancia, aunque no desarrolle su trascendencia irónica. Insistimos en ello más abajo.

(31) Ver también p. 112.

tor : puede, a su modo, exigir a Valdés propiedad al hablar castellano ("Mirad cómo habláis, porque **excepción**, pues yo no lo entiendo, no es vocablo puro castellano", p. 73), o puede pontificar si lo ve necesario : "Porque no penséis que os lo sabéis vos todo, quiero yo también sutilizar mi parte..." (p. 111). Eso no es obstáculo para que conozca sus limitaciones y las confiese : Pacheco carece de nomenclatura técnica y pregunta por términos específicos que ignora (32). Reconoce también que comete incorrecciones : "Si esso es pecado, yo os prometo que he pecado en él muchas vezes" (p. 157). En realidad, si Pacheco, a pesar de ser nativo, aprende de lo que dice Valdés es porque *usa* la lengua, aunque sea incapaz de teorizar sobre ella ("Verdaderamente creo sea así como dezís : nunca avía mirado en ello", p. 63). Quizás por eso desprecie la discusión sobre gramática, con la oposición de Marcio (p. 66), y le cueste trabajo vencer las reticencias y entrar de lleno en el juego de las "gramatiquerías" (p. 74). Con frecuencia sanciona lo dicho por Valdés ("Sin dubda creo que sea así", p. 64 ; "Esso stá bien dicho...", p. 76 ; "Dezís muy bien", p. 82), transige en ocasiones (33) o reconoce que ha atajado por error a Valdés (p. 147), con lo que demuestra que aunque se equivoque, no pierde un detalle de la discusión. Su falta de conceptos teóricos y de conocimiento de idiomas se manifiesta bien en el caso de los neologismos ; Pacheco parece muy incómodo ante una discusión que lo sitúa en inferioridad manifiesta : "Larga vos la levantariades a los que no sabemos griego ni latín si, por introduzirnros nuevos vocablos, nos pusiéssedes necesidad de aprenderlos" (p. 141). En contraste con los neologismos, aparece como claro partidario de los refranes (p. 48).

Si bien es Marcio el que habitualmente reanuda la discusión central o impulsa nuevos temas, Pacheco lo hace también en alguna ocasión (p. 66) ; es capaz de zanjar la polémica sobre Nebrija que tanto irrita a Valdés (p. 75) o de cortar con la relación de anécdotas (p. 140) si es en beneficio de la discusión técnica central.

Al final del diálogo es quien hace a Valdés una importante sugerencia que apoya y completa luego Marcio :

"[...] Avéis de saber que lo que todos os pedimos por merced es que, tomando esto que stá anotado de lo que aquí avemos hablado, lo pongáis todo por buena orden y en bueno estilo castellano, que estos señores os dan licencia que les hagáis hablar en castellano, aunque

(32) Por ejemplo, pregunta sobre "vocablos sincopados" (p. 131), "vocablos equívocos" (p. 133) y otras variaciones en pp. 64, 141 y 142.

(33) Así con los neologismos, de los que no era partidario (p. 143).

ellos ayan hablado en italiano" (p. 184)

Junto con Marcio, intenta hasta el último momento convencer a Valdés y neutralizarlo cada vez que se hace de rogar (p.184). La función de Pacheco es clara : aunque no lleva la dirección de las preguntas es un *domandatore* activo, representante del hablante práctico (en el sentido de opuesto a teórico) y por tanto personaje esencial para la demostración básica de este diálogo. A la vez, representa la voz satírica del autor en algunos aspectos ideológicos y sociales.

c) Coriolano

"[...] En Italia assí entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza saber hablar castellano" (p. 41). Esto es lo que motiva que Coriolano, como "buen cortesano" (p. 41), quiera, "como novicio della" (p. 42), "del todo entenderla" (p. 41).

De los tres interlocutores que tiene Valdés, es el menos familiarizado con el castellano ; de esta circunstancia se derivarán su naturaleza contentadiza ("A mi harto me basta", p. 40) y su ejercicio constante de *puer*, bien pidiendo el esclarecimiento de términos (34) o solicitando ejemplos concretos que le permitan vencer mejor la dificultad (35) ; incluso exigiendo pormenores y detenimiento : "No querría que os passásedes assí ligeramente por las sílabas" (p. 117). A veces sus errores dan pie a Valdés para explicar algunos conceptos, como por ejemplo los acentos (p. 104), y Coriolano siempre reconoce sus fallos con facilidad.

Su condición novicia no implica simpleza : es un cortesano culto que cita a Quintiliano (p. 156), pide información sobre buenas lecturas en castellano (p. 159) y distingue una buena de una mala traducción : "Para mí es éssa una muy cerrada algaravía" (p. 179), dice cuando Valdés hace una traducción literal de dos versos de Horacio. Es el primero que capta el gusto de Valdés por ejemplificar con refranes, invitándole así a explicarse (p. 70), lo que indica que Coriolano diferencia un refrán de lo que no lo es, aunque no entiende su significado. Muestra tener capacidad de relación entre las lenguas ("Esso avéis vos tomado del griego,

(34) Los refranes (p. 48) ; *abadengo* (p. 62) ; a la *melena* (p. 82) ; *escombrar* (p. 95) ; *bachiller* y *bachillerías* (p. 108) ; *era* (p. 122) ; *hijo d'algo* (p. 132) ; *lecho* (o. 150), etc.

(35) "Mostradnos esso por algunos exemplos" (p. 74) ; "Para entender bien esso es menester que nos lo mostréis por algún exemplo" (p. 156).

y aún del italiano", p. 89) y emite juicios de valor, opina, sobre las afirmaciones de Valdés : "No solamente tengo eso por prudencia, pero ternía el contrario por inorancia" (p. 89). Generalmente pregunta con humildad ("Uno de los tropieços en que yo caigo quando leo algunas cosas en castellano, es el de las dos eles...", p. 99) y es observador y atento en sus objeciones :

CORIOLOANO. Pues yo no puedo sufrir que hagáis tanto hincapié en dezir que no queréis escribir sino como pronunciáis.

VALDES. ¿Por qué ?

CORIOLOANO. Porque no lo hazéis siempre assí. (P. 107).

A veces objeta en torno a términos castellanos (p. 151), con lo que demuestra ser un "novicio" de la lengua un tanto singular.

Cuestiona los asertos sobre neologismos y es responsable de una disputa interior con Valdés sobre ese tema, disputa a la que acaba sumándose Marcio (pp. 144-145). En más de una ocasión sus afirmaciones provocadoras exasperan a Valdés, muy en particular cuando se permite ironías etnocéntricas contra los españoles : "Aun hasta en esto queréis ganar honra ; sea mucho en buena hora" (p. 66) ; "Según esso, hurtado nos avéis este vocablo" (p. 95), lo que acaba suscitando este comentario de Valdés : "Siempre vosotros estáis armados de spada y capa para herirnos quando nos véis algo descubierto ; pues ya sabéis que donde las dan, allí las toman" (p. 95). O aquí, donde llega a ser agresivo : "Pues os faltan vocablos con que sprimir los concetos de vuestros ánimos, ¿ por qué hazéis tantos fieros con esta vuestra lengua castellana ?" (p. 144). Entre ambos se entrevé motivo de disensión ideológica, porque enseguida van a protagonizar una escaramuza entre ortodoxia romana, representada por Coriolano, y heterodoxia paulina, suscrita por Valdés (36).

Desde muy pronto se da cuenta de la habilidad de Valdés para eludir el compromiso de entrar en materia : "Mejor manera de burlar me parece la vuestra, pues quiriendo hazer del juego maña, pensáis libraros de la fe que nos avéis dado (...)" (p. 42). E incluso sabe responder de manera tajante a las agresiones de

(36) Así lo ha visto C. Barbolani en intr. cit., p. 65. El texto dice :

CORIOLOANO. Esa bravería española no la aprendistéis vos en San Pablo.

VALDÉS. Abasta que la aprendí de San Pedro, y en Roma (p. 144).

Valdés : cuando éste, con inconsecuencia malhumorada, se maravilla de que Coriolano desconozca el significado de términos que un niño español entiende, el italiano disiente con tanta justicia como contundencia : "También en la mía los niños de teta entienden algunos vocablos que vos no entendéis" (p. 109).

Por último, Coriolano, que es el anfitrión (37), es quien propone el truco de esconder al escribano Aurelio (p. 51) y quien más desenfadadamente juega con la ignorancia del hecho que tiene Valdés-interlocutor : cuando éste se resiste a juzgar literariamente obras ajenas, Coriolano le espeta sin el menor empacho : "Vos dezís verdad quando lo que se dice es público, pero aquí estamos solos y todo puede passar" (p. 160), creando hasta el final la impresión de secreto y la complicidad con el lector. Desde el punto de vista funcional el discípulo por excelencia es Coriolano, pero es un discípulo lleno de cortesanía, representante principal del lector en el *Diálogo* (38).

d) Valdés

Al comienzo del *Diálogo*, Marcio da a entender que durante la mañana que antecede al tiempo del marco, ha tenido lugar una conversación en la que Valdés tenía algo que aprender :

Pues nosotros, por obedeceros y serviros, avemos hablado esta mañana en lo que vos avéis querido, y muy cumplidamente os avemos respondido a todo lo que nos avéis preguntado, cosa justa es [...] que hablemos esta tarde en lo que más nos contentará, respondiéndonos y satisfaziéndonos a las preguntas que os propornemos, como nosotros avemos hecho a las que nos avéis propuesto. (P. 39).

El *diálogo de la lengua* se justifica, pues, —ya lo veíamos antes— como toma y daca, como *do ut des* y como juego entre cortesanos cultos en el que todos sacan partido de lo que cada uno sabe. Por este procedimiento Valdés ha quedado comprometido, obligado ante sus contentulios, a disertar sobre un tema. Sin embargo, la actitud de Valdés es la de someterse desde el principio al juego sin el menor entusiasmo :

¿ A qué propósito me queréis obligar tan estrechamente ? [...]

(37) Así se deduce de las acotaciones de lugar de las pp. 51-52. Ver *supra*.

(38) No hay que olvidar que el destinatario de esta obra es un lector más italiano que castellano. Una razón suficiente para que este discípulo tenga aquella nacionalidad.

os doy mi fe que responderé como mejor supiere a todo lo que esta tarde me queréis preguntar. (P. 40).

Marcio es el encargado de confirmar a Valdés como *senex*, como maestro y autoridad en la materia de la que va a tratarse: el punto de partida es la discusión y las dudas que dos años antes, durante su ausencia de Nápoles, suscitaron las cartas que Valdés enviaba a sus compañeros (pp. 41-42). Así, el magisterio de Valdés ha quedado establecido pues, como autor de las cartas, es el único imprescindible de la reunión. Sin embargo éste teme que quieran burlarse de él y se hace insistentemente de rogar. Considera que es "cosa tan fuera de propósito ésta que queréis, que apenas oso creerlos" (p. 42).

Desde el principio se observa un movimiento divergente entre Valdés, que quiere hablar lo menos posible, y sus tres interlocutores, que quieren examinarlo "hasta el postrer pelo", (39). Las razones para la reticencia de Valdés descansan en varios puntos: considera la dificultad de la materia. La tradición lingüística y literaria del Trecento toscano no le parece comparable, por riqueza y solidez, con la castellana (p. 44). No se ve a sí mismo con suficiente autoridad para dictar lecciones sobre este tema. Cree que otros compatriotas lingüistas deberían hacerlo en su lugar y, sin embargo, declinan la responsabilidad:

Porque no soy tan letrado ni tan leído en cosas de ciencia quanto otros castellanos que muy largamente podrían hazer lo que vos queréis. (P. 45)

Se autoconcibe más como aficionado a la especulación que como conocedor profundo de la materia:

Diréos no lo que sé de cierta ciencia, porque no sé nada desta manera, sino lo que por congeturas alcanço y lo que saco por discreción; por tanto me contento que vosotros a lo que dixere deís el crédito que quisiéredes. (P. 59)

Esta actitud de Valdés condiciona de modo trascendental el método de argumentación empleado y produce efectos benéficos sobre él. De ahí se derivan varias reacciones del dialogante maes-

(39) No veo a Valdés tan "dispuesto a complacer a los amigos" como C. Barbolani (intr. cit., p. 63). Al contrario, la desgana de Valdés me parece, como se verá a continuación, uno de los mayores logros literarios y dialécticos del texto.

tro a lo largo de la obra.

En primer lugar mantiene un juego sostenido de *captatio benevolentiae* irónica, no real, que se presenta de distintas formas: se hace valer ("pensad que no os tengo de consentir me moláis aquí preguntándome niñerías de la lengua...", p. 49); recuerda en algunas ocasiones cuál era su pacto inicial, desbordado, evidentemente, en el transcurso del diálogo ("que no me obligué sino a daros cuenta de mis cartas"; "vuestra cortesía me obliga más que vuestra promessa", p. 118) y cree en más de un momento que ya ha cumplido con creces su compromiso: "Ni vosotros podéis quejaros que no os he dicho mucho más de lo que me supierades preguntar" (p. 131). Tratar de algunos puntos requeriría más tiempo: "...diré assí de presto lo que se me ofrecerá" (p. 64); "si me avéis de preguntar de las diversidades que ay en el hablar castellano entre unas tierras y otras, será nunca acabar..." (p. 62); "...con deziros tres reglas generales que yo guardo, pensaré aver cumplido con vosotros" (p. 66); "Quanto que yo, no os sabría dar más que una noticia confusa, la qual os servirá más para atinar que para acertar" (p. 67), etc.

Otras veces capta la benevolencia "confesando" que no ha reflexionado sobre algún aspecto particular: "Essa regla no os la sabré yo dar, porque nunca me he parado a pensarla" (p. 69); "quanto a los otros, no os sabría dar regla ninguna" (p. 70). Otras, y éstas son las más, manifestando distancia sobre lo que dice, renunciando a convencer con vehemencia, considerando todo como materia opinable: "...el que no quisiere tomar este trabajo, déxelo estar, que no por esso se irá al infierno" (p. 77); "vosotros tomad el que quisiéredes" (p. 78); "En esso vos haréis como quisiéredes; abasta que os parezca bien" (p. 80). También puede situarse a la defensiva, una defensiva distante: "No tengo más que proseguir, ni vosotros os podréis quejar que no os he dicho hartas gramatiquerías" (p. 74); "Quexáos quanto quisiéredes, que a mí no se me ofrece otra cosa que deziros" (p. 74), etc. Por lo general, Valdés tiene mucha prisa, es impaciente y está deseando acabar: "...pero mirad que he querido ser liberal en esta parte, porque me consintáis ser escaso en las demás" (p. 59); "Hazedlo por lo que os cumple, que a mí poco me importa. Más me cumple acabar esta jornada de oy..." (p. 71); "Y si os parece, será bien poner fin a estas inútiles pláticas" (p. 113); "Pues yo digo que me dexéis acabar de concluir mi baile, pues me sacastes a bailar" (p. 129). Esa misma urgencia y necesidad de concluir le hace dejar a Coriolano, literalmente, con la palabra en la boca (p. 122), oponerse a que Pacheco dé una copia escrita de su copla a Marcio (p. 125), no explicar a este último el significado de la profecía de Toledo (p. 127), o dejar de contestar preguntas de Coriolano (pp. 129, 134). Por la misma razón, agra-

dece a Pacheco que ponga tasa a su tendencia a relatar "contezuelos" (p. 140). Dicha actitud, con excepciones que luego veremos, se mantiene hasta el final, pues es también Valdés el que, en el último momento, quiere regresar a Nápoles a toda velocidad :

Más me importa esto. ¿ Oyes ? Dame el cavallo. Camine quien más pudiere, que yo ni estorvaré al que me fuere adelante, ni esperaré al que se quedare atrás. (P. 185).

Otra manifestación del mismo problema se produce cuando, defensor como es de la teoría del uso de la lengua (40), combinado con un singular concepto de *auctoritates* ("los que se precian scribir bien", p. 78, o "los más primos en el scrivir", p. 80, 87, 101), minimiza la importancia de las reglas (41), fuera de evitar determinados usos plebeyos que no tienen clase social determinada : "Aunque sean quan altos y quan ricos quisieren, en mi opinión serán plebeyos si no son altos de ingenio y ricos de juicio" (p. 93) ; igualmente, se distancia antidogmáticamente de las opiniones literarias que él mismo emite, asegurando que "assí como los gustos de los hombres son diversos, assí también lo son los juizios" (p. 160) (42) y evitando implicarse muy directamente, o mejor dicho, amparándose en lo que supone una reunión íntima de amigos que van a guardar el secreto. Sólo será muy diáfano en la defensa de una imitación crítica y reflexiva : "...la prudencia del que scribe consiste en saber aprovecharse de lo que ha leído, de tal manera, que tome lo que es de tomar y dexé lo que es de dexar, y el que no haze esto, muestra que tiene poco juicio, y, en mi opinión tanto, pierde todo el crédito" (p. 174). Desde esta perspectiva opinará sobre los poetas del siglo XV (pp. 160-164), sobre importantes traducciones en prosa (pp. 165-167), el *Amadís* y otros libros de caballerías (pp. 168-173), las crónicas (p.173), *La Celestina* (pp. 175-176), *La cuestión de amor* y *la Cárcel de amor* (p.176).

Valdés-personaje tiene, además, en este diálogo muy mal carácter, un humor en verdad endemoniado que habla muy a favor de la autoironía de Valdés-autor, pues no sólo no se confecciona un autorretrato idealizado, sino que hace dudar al lector de que sean la misma persona él y ese Valdés al que definía Caracciolo,

(40) Ver pp. 70, 77, 87, 89, 101, 107.

(41) Ver sobre los acentos en p. 72 ; sobre anteposición o postposición del pronombre en p. 73.

(42) Opinión que comparte con otros humanistas, entre ellos el autor del *Lazarillo* ; ver ahora la ed. de F. Rico (Madrid, Cátedra, 1987), p. 4, n. 6.

uno de sus adversarios ideológicos, como "de dulcísimos modales y de hablar suave y atractivo" (43). Casi todo en el diálogo confirma una actitud opuesta a la descrita por el Caracciolo y otros contemporáneos (44); es displicente con sus compañeros: desprecia la opinión de Pacheco (p. 74); es extraordinariamente antipático con Coriolano (p. 82 y *passim*); petulante y agresivo con Marcio ("Mayor donaire es querer ser vos juez en la provincia donde no sabéis las leyes. ¿No avéis oído dezir que cada gallo cante en su muladar?", p. 90), al que incluso echa en cara su "mala memoria" (p. 92). Recrimina constantemente a sus contertulios por sentirse "importunado" (p. 93) y en un alarde de displicencia y desdén espeta a Marcio que antes querría satisfacer a Garcilaso que a él (p. 94). Actúa con despecho ante una ironía antiespañola de Coriolano (p. 95) y es áspero ante una mínima

(43) Todos los que se ocupan de Juan de Valdés, contemporáneos o investigadores, amigos o enemigos, insisten en el encanto que emanaba de su persona.

M. Menéndez Pelayo, siguiendo a César Cantú (*Gli eretici d'Italia*, Turín, Unión Tipografica Editrice, 1865-67), aporta este testimonio del Caracciolo, referido en su vida manuscrita de Paulo IV: "...en 1535 vino a Nápoles un cierto Juan de Valdés, noble español cuanto pérfido hereje. Era (según me dijo el cardenal Monreal, que mucho le recordaba) de hermoso aspecto, de dulcísimos modales y de hablar suave y atractivo; hacía profesión de lenguas y sagrada escritura; habitó en Nápoles y Tierra de Labor... leía y explicaba en su casa a los discípulos y afiliados las epístolas de San Pablo" (ap. M. Menéndez y Pelayo, *Historia de Los heterodoxos españoles*, I, Madrid, BAC, 1978, lib. IV, p. 805).

Jacopo Bonfadio, amigo íntimo, hace de él un elogio fúnebre que ha condicionado la imagen ulterior de este heterodoxo, según José C. Nieto (*Juan de Valdés y los orígenes de la reforma en España e Italia*, México, FCE, 1979, pp. 40-41). El mismo estudioso recuerda el atractivo personal de Valdés (ibíd., pp. 240-241) que evocaba, en términos muy similares, M. Bataillon: "...de Valdés emanaba un encanto que daba resonancia nueva a ideas de las cuales se puede decir que flotaban en el ambiente" (*Erasmus y España*, México, FCE, 1966, p. 510). Otros interesantes testimonios sobre la persona de Juan de Valdés pueden leerse reunidos en la introd. cit., de C. Barbolani, pp. 35-41. Es curioso, como demuestra esta investigadora, que los que mencionan el saber lingüístico de Valdés son sus enemigos, como si lo que más hubiera atraído a sus discípulos fuera su labor evangelizadora (ver pp. 37 y 26).

(44) Según C. Barbolani, en las cartas al cardenal Gonzaga aparecen algunos rasgos que tiene el Valdés del *Diálogo de la lengua*: "irritabilidad, intemperancia, pasión, amor por el dinero..." (intr. cit., p. 40). Yo no estoy segura de que haya que tomar como confesión autobiográfica todo lo que dice Valdés-personaje (Ver *infra*).

objección —casi un simple comentario— de Pacheco (p. 98). Algunas preguntas lo sacan tanto de quicio que es capaz de zaherir a Coriolano (p. 108) o de desencadenar su vena agresiva hacia aquel que le lleve la contraria (p. 144-145). A la vez, esmalta sus intervenciones con ironías punzantes hacia Nebrija (pp. 45, 75), los clérigos y los frailes (pp. 52, 63, 136), la nobleza imperial (p. 149), la nobleza como lacra social (p. 86), los escribanos (p. 93), la mala pronunciación de los italianos en castellano (p. 68), su arrogancia a la hora de exhibir conocimientos de latín (p. 166) y su olvido de la filosofía (p. 94).

Por intemperancia exige que los demás toleren su cólera, presentándolo como moneda de cambio de su aceptación de la charla: "Vos queréis que os sufra yo vuestras preguntas malas o buenas y no me queréis sufrir a mí mi cólera sin razón o con ella" (p. 81). Confiesa que es beligerante en materia de opinión: "...para mí no ay igual tormento que no poderme enojar o mostrar enojo por lo que oigo o veo que no es según mi fantasía" (p. 81). Con cierta autocomplacencia defiende la razón, la verdad, la libertad en los juicios: "...jamás me sé aficionar tanto a una cosa que el afición me prive del uso de la razón, ni desseo jamás tanto complazer a los otros que vaya contra mi principal profesión, que es dezir libremente lo que pienso de las cosas de que soy preguntado" (p. 177). Lo hace incluso reconociendo que es intolerancia, irritabilidad y autoritarismo, que puede llegar a ser una "tacha": "...que demasiadamente soy amigo de que las cosas se hagan como yo quiero, y demasiadamente me ofendo quando una persona que yo quiero bien, haze o dize alguna cosa que no me contente, y soy tan libre, que luego le digo a la clara mi parecer" (p. 182). Pacheco confirma expresamente esa "sinceridad", de la que además hace gala en el *Diálogo* (p. 184).

Si aprueba la incredulidad ocasional de Marcio (p. 54) es, seguramente, por esta manera de ser, pues en otra ocasión acepta su consejo (p. 95) o elogia sus conocimientos españoles (p. 124). Al reconocer que esa intemperancia es tacha, reconoce también que está dispuesto a enmendarse (p. 183).

Por ese mal carácter no es obstáculo para que muestre, en otras facetas, dotes de maestro perfecto, hábil y didáctico: por ejemplo, tiene como principio el esforzarse para ser entendido (p. 83); elogia las preguntas que más le gustan, con lo que estimula la actividad del discípulo (p. 104), y sabe cómo excitar la curiosidad del interlocutor y, si es preciso, dejarla en suspenso (p. 100). En la misma línea dialógica (45), que le une

(45) Además de su importancia lingüística e idiomática, puesta de relieve en

a Pontano y Erasmo, hay que interpretar su predilección por los refranes y la inclusión repetida de chistes, facecias, anécdotas y cuentecillos para ejemplificar usos lingüísticos de diversa índole.

La explicación de por qué Valdés-autor crea una imagen tan autoirónica y poco reverencial de su propio personaje sólo puede ser literaria y dialógica: Valdés es un humanista poco solemne, lleno de fino sentido del humor, y huye de cualquier dogmatismo; esa figura de maestro presuroso, malhumorado y a ratos poco vocacional debe verse como algo que "exige" el juego ficticio del diálogo, entre otras razones porque crea suspense en el lector y permite mayor actividad a los otros interlocutores. Erasmo había empleado un procedimiento similar en su *Ciceronianus* (46).

Las pruebas que mejor confirman la ironía del "autorretrato" valdesiano son las siguientes: hay indicios tempranos de que Valdés-personaje disfruta con la sesión tanto como los otros, y que juega a no ser pródigo como mera estrategia hacia su galería, como una forma más de impulsar y sugerir cuestiones polémicas. Ya en la p. 50 acepta, por fin, el compromiso que le imponen sus amigos y hace un mutis dramático al que ya se ha aludido aquí: se va al jardín a pasear con aire pensativo mientras sus

una bibliografía muy abundante. Para una selección remito a las noticias bibliográficas de las ediciones de la obra reseñadas por J. M. Lope Blanch en su ed. cit., pp. 31-32 y 33-34 y a la bibliografía citada de C. Barbolani. El artículo reciente de F. Abad, *Juan de Valdés y la conciencia lingüística de los erasmistas españoles*, en *El erasmismo en España*, ed. M. Revuelta y C. Morón (Santander, Soc. Menéndez y Pelayo, 1986), pp. 479-489, no añade novedad al respecto.

(46) Cuando Buléforo y Nosopono, dos de los tres personajes del diálogo, enjuician a distintos escritores renacentistas, el segundo hace una presentación satírica e irónica de Erasmo. Según C. Barbolani (intr. cit., pp. 48-49), que transcribe dicho fragmento del *Ciceronianus*, este juego de humor es aplicable sólo a la despreocupación de los "primorricos" de la lengua que aparenta Valdés, pero ella es partidaria de "tomar al pie de la letra casi todo" lo demás. Creo que sería prudente, y una tarea por hacer, el precisar qué afirmaciones del *Diálogo de la lengua* son o pueden ser autobiográficas y cuáles están dictadas por la coherencia literaria. Por mi parte, creo que este tipo de ironía del *Ciceronianus* invade todo el texto y no afecta a un detalle aislado. Se destinan estas páginas a estudiar la presentación humorística del maestro y a apuntar posibles razones literarias que fundamenten esa postura del autor.

compañeros establecen un orden lógico de preguntas (orden que él les ha exigido como condición mínima) y en tanto distribuyen sus papeles o sus funciones durante la sesión. A medida que el diálogo avanza, y pese a sus protestas e impaciencia, no sólo va aceptando las reglas que le han "impuesto", sino que llega a deleitarse y a tomar gusto por la charla. Esto es especialmente notorio cuando discute de anfibologías y ejemplifica con anécdotas, facecias y coplas. Hasta tal punto se teme a sí mismo que pide a sus contertulios que pongan freno a su tendencia lúdica, por miedo a demorarse más de la cuenta : "...si me viéades embevecido en ellos, tengáis cuidado de despertarme" (p. 133). Durante toda esta porción del coloquio, se suceden coplas y facecias en verso y en prosa (47) a pesar de ejercer su propio autocontrol (p. 139). Aparece, de pronto, amigo de las digresiones, lo que antes difícilmente hubiéramos imaginado : "...ya sabéis que estos paréntesis no son malos a ratos, como entre col y col, lechuga" (p. 149). Si le piden que se detenga con alguna anécdota responde : "soy contento" (p. 157) ; da muestras de chispa y socarronería cuando le piden más : "Si más queréis, buen dinero" (p. 153). Es decir, Valdés-personaje ha entrado a disfrutar de lleno con la charla justamente cuando va a hacer crítica literaria y estilística. Porque ese cierto relajo que se permite a sí mismo como licencia de entretenimiento no afecta sólo a su deseo de intercalar o de contar facecias, sino que forma parte de la argumentación dialógica misma. Cuando Marcio le pide que le "declare más" esa su definición del estilo, la que tanto han citado los críticos de todos los tiempos para resumir los preceptos renacentistas de naturalidad y selección, en lugar de dar rodeos, hacerse de rogar, quejarse, etc., contesta con un significativo "Que me plazze" (p. 158). Toda la última parte del *Diálogo de la lengua* es una prueba del deleite que Valdés-interlocutor toma en el diálogo : sus intervenciones sobre estilo y sobre literatura son más extensas y menos tensas ; se demora en las citas concretas y en los juicios que cree secretos. Y esas concesiones al entretenimiento no interrumpen, sino que refuerzan, la *probatio* del diálogo, puesto que son ejemplos de usos hablados, de usos literarios o de usos estilísticos. Una buena muestra de ese gozo de Valdés-interlocutor es su actitud final, cuando Marcio y Pacheco investigan con cautela y disimulo cómo aceptaría el ver de hecho anotado por Aurelio todo lo que él mismo ha estado diciendo :

(47) Ver pp. 134 a 140, 147, 148, 149-152, 157-158, etc. Ver M^a T. Cacho Palomar, *Cuentecillo tradicional y diálogo renacentista en Formas breves del relato (Coloquio. Febrero 1985)* (Zaragoza, Dpto. de Literatura Española y Casa de Velázquez, 1986), pp. 115-136.

MARCIO. [...] Y aun, si yo pensara no enojaros, yo os prometo que uviere puesto alguno escribano en secreto que notara los puntos que aquí avéis dicho, porque no fío tanto en mi memoria que piense me tengo [de] acordar de todos.

VALDÉS. Vuestro daño si no lo hizistes. ¿Qué culpa os tengo yo ?

MARCIO. Si tenéis, y muy grande, que os hizistes al principio tanto de rogar que, temiendo lo terniades por mal, no osé hazer lo que quería.

VALDÉS. Éssa fue muy gran cortedad. ¿Por qué lo avía de tener por mal ? (P. 182)

Se desvanece así por fin la ilusión que ha servido para construir todo el diálogo, pues claro es que Valdés no sólo acepta el truco del escribano, sino que ése es el guiño definitivo, la victoria del Valdés-autor sobre su personaje homónimo, sus amigos y el lector : a la postre, el diálogo que nosotros leemos es el que Juan de Valdés ha adecentado y en algún fragmento traducido a partir de las notas transcritas por Aurelio. El lector ha asistido, pues, a la génesis o a la representación del diálogo.

3. DE LA CONVERSACIÓN AL DIÁLOGO LITERARIO

El *Diálogo de la lengua* no es una "gramática" (48) o un tratado. Varios ingredientes propios de su opción genérica están garantizados : hay un orden preestablecido ; la conversación tiende a un desarrollo articulado ; se profundiza de modo orgánico y "económico" en los argumentos ; se emplea un método lógico riguroso ; es decir, median previamente operaciones intelectuales del autor, disciplina, lucidez y selección. Nada más lejos, pues, de una conversación "real", tal y como la definíamos en otro momento (49).

A la vez, "ciertas características de 'espontaneidad' notadas por los críticos, resultan de la opción genérica" (50).

(48) Ver I. Lerner, art. cit., p. 146.

(49) Ver art. cit., en nota 6.

(50) I. Lerner, art. cit., p. 146, vuelve a insistir : "...en el texto queda claro, dentro de los límites impuestos por la fórmula de la *captatio benevolentiae*, que el aspecto informativo es sólo un elemento dentro del discurso artístico, y que no se intenta una exposición científica sino un conjunto de opiniones" (p. 146). Otra cosa bien distinta es que a *posteriori* también el discurso informativo tenga para nosotros un valor extraordinario.

Valdés, en efecto, disfraza su *ordo artificialis* con una "estética de la negligencia" : presenta un encuentro en el que hay diversidad de opiniones y confrontación de ideas, lo que ayuda a crear impresión de espontaneidad. Produce una fingida y agradable confusión por medio de las digresiones. A ese mismo principio colaboran las notas divertidas, chistes, pullas, ironías y otros elementos ya aludidos (51). Todo contribuye a crear la impresión de una charla improvisada en la que se opera por asociación. Los dialogantes recuerdan con insistencia la condición hablada, de "dipintura parlante", (52) de su encuentro (pp. 39, 182, 184). Pero el ingrediente "conversacional" más importante de todos es la estilización del lenguaje, la elección de un registro mucho menos "coloquial" que artístico : el principio de naturalidad, sencillez y claridad une a Valdés y a Erasmo (53), con el consiguiente rechazo de cualquier retórica opaca. En último término, el autor ha tomado ese registro de Luciano (54), al que al menos menciona expresamente como modelo de naturalidad :

Porque Luciano, de los autores griegos en que yo he leído, es el que más se allega al hablar ordinario [...] (P. 55) (55)

Pero esa "ausencia de retórica" es también retórica (56),

(51) Ver *supra* el análisis de las relaciones entre los personajes, la creación del marco y las prácticas contaminadoras con el género de las facecias y anécdotas.

(52) Es definición de S. Speroni, *Dalla Apologia dei Dialogi*, en *Trattatisti del Cinquecento*, ed. M. Pozzi (Milán-Nápoles, R. Ricciardi, 1978), pp. 683-724 ; cita en p. 699.

(53) Ver M. Bataillon, *Erasmo y España* (México, FCE, 1966²), pp. 692-698 ; L. López Grigera, *Estela del erasmismo en las teorías de la lengua y del estilo en la España del siglo XVI*, en *El erasmismo en España*, ob. cit., pp. 491-500.

(54) Aunque al diálogo le faltan muchos ingredientes para poder ser calificada de "lucianesco".

(55) También menciona a Erasmo por boca de Pacheco, pero en contexto distinto : como maestro en la utilización de adagios (ver p. 48). Sin embargo, si uno a Luciano y a Erasmo como maestros de Valdés es porque, además de estar suficientemente demostrado que los conocía, ambos autores hacen profesión frecuente de mimesis conversacional. C. Barbolani lo recuerda cuando afirma : "La agilidad, el desenfado, la sutil ironía, el gracejo algo irreverente y hasta lo escueto y esencial del estilo son características comunes a Luciano y Erasmo" (intr. cit., pp. 54-55).

(56) Ver para lo que sigue I. Lerner, art. cit., pp. 147-149, que resumo aquí.

porque no excluye paralelismos, oposiciones, antítesis persuasivas, figuras etimológicas y una preocupación por la elegancia formal (57). La elección de determinados usos retóricos viene determinada por un propósito más literario y humorístico que informativo, e incluye desde anécdotas construidas sobre voces polisémicas, hasta donaires, gentilezas y pullas nacidas de la conversación. Esos rasgos humorísticos pueden ir dirigidos al receptor para dejarlo en suspenso (pp. 88, 100) y escamotearle un dato que aumentará su curiosidad (pp. 82, 118), o pueden originarse en la dinámica de relaciones entre interlocutores, donde no es Valdés el único que se burla de los contertulios (pp. 108, 109, 110, 127, 129, 153, 175, 182). El humor y la sátira pueden también residir en usos populares de la lengua, "animizando" elementos gramaticales (p. 97), oponiendo reparos desenfadados (p. 107), introduciendo usos proverbiales (pp. 91, 129) y coloquialismos (pp. 47, 64, 75, 136, 152) que se alejan del código del discurso informativo, pero le otorgan la "estudiada sencillez que proclama la ideología humanística" (58).

En efecto, el *Diálogo de la lengua* concluye "con su propio cuestionamiento como texto, ya que él mismo ha sido una interrogación sobre las unidades menores que lo componen" (59). Frente a la irrecuperabilidad del discurso oral, el *Diálogo de la lengua* plantea la condición perdurable y escrita de su propio texto (60).

Para Valdés, en síntesis, la conversación debe ser creíble; debe existir ilusión de realidad o verosimilitud. Por ello, tiene que hacer en su *Diálogo de la lengua* una *demonstración esté-*

(57) "Así, pues, la sencillez es buscada y la claridad es el resultado de una elaboración cuidadosa, no de la espontaneidad coloquial" (I. Lerner, art. cit., p. 148).

(58) *Ibíd.*, p. 149. Los ejemplos proceden de este mismo trabajo.

(59) *Ibíd.*, p. 150.

(60) "El texto plantea, al principio y al fin, su naturaleza y perdurabilidad oponiéndolo a la transitoriedad del discurso oral; el texto promete un diálogo, no un texto escrito (p. 45), aunque el lector y tres de los interlocutores saben que se está transcribiendo (p. 51); pero al final (p. 184) se advierte que lo ya leído es algo distinto de lo que se creía leer; lo que el receptor ha descodificado hasta el momento, maravillándose de la perfección espontánea del coloquio, es en verdad una versión retocada y en parte traducida por quien, no consciente de la estratagema, ha "hablado", pero que tiene en sus manos el poder de transformar el diálogo en texto" (*ibíd.*, p. 150)

tica y teórica de lenguaje hablado, de discurso cotidiano (61). La supuesta conversación ha quedado "literaturizada". Pero los mismos principios de naturalidad y selección que defendía para el estilo literario son los que aplica a la composición de su *Diálogo* (62). Para volver al inicio de mi planteamiento, puede concluirse que hay ficción, hay mimesis, y no sólo instrucciones o informaciones. Por un proceso de filtración se convierte lo supuestamente hablado en escrito, y lo escrito conserva el recuerdo estilizado de una conversación cortesana y distendida.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

Si por último recapitulamos una parte de lo dicho hasta el momento, en lo que afecta a la estructura dialógica-funcional de la obra, el autor delega su voz de modo distinto en tres de los cuatro personajes : Valdés, para lo principal de la materia expositiva y para la ideológica ; es el *senex* o maestro ; Marcio para la organización estructural del texto ; Pacheco para lo ideológico extralingüístico. Tanto Marcio como Pacheco tienen, pues, una función vicaria, aunque sean sobre todo *pueri*. El único discípulo propiamente dicho en el diálogo es Coriolano. La voz del autor se reparte. No está representada por un único personaje, sino que a pesar de introducirse Valdés como interlocutor, se desdobra ocasionalmente en las voces de Marcio y de Pacheco. En esa medida, el diálogo es dialéctico por su forma, además de expositivo e informativo por su contenido, pues la opinión o la "verdad" que el lector encuentra es la suma o la resultante de varias voces que han participado conjuntamente en su creación (63).

(61) Ya defendía esta idea L. A. Murillo en *The Spanish Prose Dialogue of the XVI th Century*, Diss. PhD, Harvard University, 1953, 374 fols. ; ver ff. 71-82.

(62) También L. López Grigera recuerda cómo la toma de posición de Valdés es retórica, pues usa en su prosa el isocolon y otras figuras. A la vez, huir la afectación es consejo de Erasmo en *De conscribendis epistolis* frente a los ciceronianos, Bembo por ejemplo, que escriben un latín puro que no hablan, ya que se expresan en vulgar. Ver L. López Grigera, art. cit., pp. 493-494.

(63) Llamo diálogo "dialéctico" a aquel en que la voz del autor se reparte entre varios interlocutores, frente al diálogo "polémico", que la concentra en el proponente, y al diálogo "pedagógico" que la concentra en el maestro. Ver A. Vian, *Fábula y diálogo...*, cit., (en prensa), punto II. 2. c.

Se puede confirmar esto con más detalle mediante algunos ejemplos que permiten ver cómo se estructura la exposición y se diversifican las técnicas dialógicas. Cuando se discute sobre Nebrija asistimos a un duelo o *altercatio* entre Valdés (maestro) y Pacheco (discípulo), con triunfo de la opinión del primero (pp. 45-47). En cambio, al hablar de los refranes, la voz del autor se distribuye entre tres partidarios (Valdés, Marcio, Pacheco), frente a un ignorante de los mismos, Coriolano, que pide explicaciones para acabar con su desconocimiento (p. 48). Cuando discuten sobre gramática, el autor presenta una disputa entre Marcio (con Valdés como ayudante funcional), partidarios de conocerla y dominarla (64), y Pacheco, ignorante de la misma. La disputa terminará con el convencimiento del discípulo Pacheco (pp. 66 y ss.). Por fin, aquellas partes en las que el diálogo emplea técnicas unívocamente ciceronianas se distinguen también por su estructura. Las intervenciones de Valdés son más largas, y suelen organizarse de forma muy similar: así, en el asunto del origen de las lenguas hispánicas tenemos, siguiendo el esquema habitual de maestro-discípulo (pp. 52-63):

- pregunta de Marcio ;
- intervención larga de Valdés ;
- petición de aclaración de Marcio ;
- nueva intervención larga del maestro ;
- convencimiento del discípulo, síntesis de lo hablado y propuesta de cambio de tema ;
- objeción de un nuevo discípulo (Pacheco) ;
- nueva intervención larga del maestro ;

Este esquema, con pequeñas variaciones, es el que se mantiene en cada discusión concreta (65).

(64) Tiene razón C. Barbolani cuando afirma que Valdés no desprecia ni infravalora la gramática, aunque no la considera requisito suficiente para conocer una lengua (intr. cit., p. 82, frente a L. Terracini, ob. cit., p. 36).

(65) Por ejemplo, simplificado, cuando comentan sobre lenguas hispánicas en las pp. 59-63: pregunta del discípulo —intervención larga del maestro— pregunta-objeción del discípulo —intervención larga del maestro— convencimiento del discípulo y cambio de tema.

Si algo puede deducirse, aunque obvio, de este hecho, es que para conocer el planteamiento genuino de un texto, algunas generalizaciones son poco recomendables. Sólo el análisis interior de cada diálogo permite extraer conclusiones valiosas sobre él y deslindar su aportación específica al conjunto del género. De esa manera se soslayan dos problemas: encontrar en la especie dialogal una supuesta uniformidad inexistente, o ver una relajación de la forma tan cómoda para el crítico que llega a hacer del diálogo un género irreconocible.

Un cuadro posible de funciones dialógicas se distribuiría aquí entre los distintos interlocutores en cuatro oposiciones básicas, si recurrimos a una confrontación muy simple de actantes, con ayudantes y oponentes (66) :

$$\begin{aligned} V + M + P & \text{ — } C \\ V & \text{ — } M + P + C \\ V + M & \text{ — } P + C \\ V + P & \text{ — } M + C \end{aligned}$$

Por este motivo, no creo que el *Diálogo de la lengua* tenga un planteamiento monológico: el autor se sirve de un portavoz principal **autoirónico**, que además, como se ha visto, considera la materia **opinable**. Es un maestro que defiende de modo contundente sus tesis, alternándolas con ocasionales y estudiadas inconsecuencias (67) o con suspensiones del juicio. Deja en no pocos puntos elegir a sus interlocutores y al lector. El fondo del *Diálogo de la lengua* es dialógico, polifónico en su presentación. No quiere eso decir que Juan de Valdés no tenga opinión, sino que en lugar de imponerla como es habitual en los diálogos de maestro-discípulo sabe presentar su doctrina con mesura, con discreción y con arte.

Por la misma razón, habría que dejar de atribuirle a Valdés-autor todas las opiniones literarias que emite Valdés-personaje (68). ¿Hasta cuando va a ser necesario insistir en que au-

(66) Las iniciales corresponden a los nombres de los dialogantes.

(67) Así, el desplante que hace a Coriolano por no entender en castellano lo que entiende un niño nativo.

(68) Así hacen la mayoría de los críticos desde D. Marcelino Menéndez y Pelayo hasta los manuales de Historia de la Literatura. No creo que las opiniones de Valdés sobre obras, géneros y autores deban aislarse del conjunto del *Diálogo* y del juego que se establece entre los personajes. Al menos no puede hacerse de manera automática.

tor y personaje no son el mismo, incluso identificados en el nombre, cuando de coherencia literaria se trata ?

Si en la síntesis se insiste sobre todo en la funcionalidad de los interlocutores es porque, en el camino, se han puesto de relieve sobre todo las notas de individuación dialógica que el autor presta a sus criaturas. Personajes-función, desde luego. Pero también cortesanos ficticios con inquietudes, emociones, prejuicios, dudas y sentido del humor, que encuentran su cauce expresivo, nada menos, que en una conversación sobre asuntos lingüísticos.

*

Nota final.

Ya terminado este trabajo he podido, por fin, leer el artículo de M. Marzano (cit. en n. 5), que no me ha sido fácil de conseguir. Es uno de los primeros estudios literarios sobre el *Diálogo de la lengua* : nuestras conclusiones son, por ello, en algunos aspectos, un buen ejemplo de poligénesis, aunque se obtienen por caminos en parte distintos. Resumo aquí muchos puntos de acuerdo y pequeñas discrepancias. M. Marzano hace en el apartado I ("El ritmo interno del dialogo"), entre otras cosas, un interesante estudio del sustrato retórico del texto. En su análisis de "gli interventi del personaggio autore" sostiene que la principal relación maestro-discípulo es la del binomio Valdés-Pacheco (p. 27, n. 2), cuestión que no comparto. Participo, en cambio, por entero de su análisis de "La digressione, pretesto d'intervento per gli altri personaggi" (p. 31 ss.) y al servicio de un esquema dialéctico que pretende resaltar el interés teórico de la argumentación. La autora ha captado la profunda ironía del texto valdesiano, que relaciona con Luciano, Pontano y Erasmo, especialmente el último (pp. 36-37). Coincido, en particular, con su idea de que "I giochi di parole che appaiono in Erasmo o Pontano come fine a se stessi, acquistano in V[aldés] una ulteriore funzione, in quanto costituiscono spunto per il dialogo, e pretesto per narrazioni di aneddoti e citazioni di **coplas** a sfondo satírico" (p. 37). Comparto casi plenamente su apartado II ("I riferimenti esterni") : basándose también en el estudio de las formas dramáticas del texto, la autora estudia la escenografía del *Diálogo de la lengua* (lugar, tiempo), el truco del escribano ("Le finte") y las acotaciones internas, que divide en distintas categorías de acuerdo con el fin que consigue cada una. En este apartado distingue afirmaciones que llama **autobiográficas** (de Valdés-personaje) de otras proporcionadas por los demás interlocutores (pp. 54-56), pero no me sumo totalmente a esa forma de razonar por no plantearse en todo su alcance el peligro de considerar biográfico lo que, acaecido o no, puede no ser más que un juego literario. Su análisis de las acotaciones externas (pp. 56-58) denota un concepto de acotación distinto del mío, pues para ella alusiones histórico-lingüísticas o políticas, ironías, pullas y coplas entran en esa categoría, lo que para mí hace confuso el con-

cepto de 'acotación' aplicado a un diálogo. En cualquier caso, su artículo trata de aspectos que, por razones de extensión, he dejado al margen y su lectura contribuye, sin duda, a una comprensión más cabal de la obra valdesiana.



VIAN HERRERO, Ana. La mimesis conversacional en el "Diálogo de la lengua" de Juan de Valdés. En Criticón (Ioulouse), 40, 1987, pp. 45-79.

Resumen. El artículo se propone estudiar, a través del Diálogo de la lengua, las modalidades retóricas que separan el diálogo renacentista de la mera conversación que finge relatar. La voz del autor se reparte entre Valdés-personaje y, ocasionalmente, Marcio y Pacheco, siendo Coriolano el único "Discípulo" propiamente dicho. De ahí que no se pueda hacer de Valdés-personaje el único exponente del pensamiento del autor y, recíprocamente, que no se puedan atribuir al autor todas las opiniones que emite el personaje. La funcionalidad de los dialogantes no debe ocultar el carácter altamente literario —y no sólo pedagógico— de la obra.

Resumé. L'article se propose d'étudier, à travers le Diálogo de la lengua, les modalités rhétoriques qui séparent le dialogue de la Renaissance de la simple conversation qu'il feint de reproduire. La voix de l'auteur se répartit entre Valdés-personnage et, occasionnellement, Marcio et Pacheco : le seul "disciple" proprement dit est Coriolan. Il s'ensuit que l'on ne peut faire de Valdés-personnage l'unique interprète de la pensée de l'auteur et, réciproquement, que l'on ne peut attribuer à l'auteur toutes les opinions émises par le personnage. Le caractère fonctionnel des interlocuteurs ne doit pas occulter le caractère hautement littéraire —et pas seulement pédagogique— de l'oeuvre.

Summary. The aim of this article is to point out, through a study of the Diálogo de la lengua, the rhetorical features which characterize Renaissance dialogue as opposed to natural conversation, which it pretends to reproduce. The author's voice is divided between the character Valdés and occasionally Marcio and Pacheco, the only "real" disciple being Coriolano. This entails that the character Valdés cannot be considered as the only interpreter of the author's thought, and conversely, that the author cannot be held responsible for every opinion voiced by the character. The functional nature of the interlocutors should not conceal the highly literary —and not only pedagogical— nature of this work.

Palabras clave : Diálogo. Juan de Valdés. Retórica.

